

del deseo. Alicia entonces se transforma en mero pretexto. Arturo, confundido, se pierde en alucinaciones. Dos sueños de transparencia freudiana nos ayudan a mejor comprender las intenciones del novelista.

En el primero, Alicia, sola, sale al encuentro de un hombre, Barrera, seguramente. Vigilante, la escopeta en balanza, Cova se prepara para la venganza. Pero cada vez que tenía que dirigirla contra el seductor, ella se convierte en sus manos en serpiente helada y rígida. Don Rafael, el viejo guía, en una seña con el sombrero, le dice: «¡Véngase! ¡Eso ya no tiene remedio!»

En seguida, sin transición, un nuevo cuadro: en un país extraño Griselda, mujer de Franco, vestida de oro, aparece en una peña, de donde fluye un hilo blancuzco de caucho. Por todas partes, gentes innumerables, echadas de bruces, que lo beben sin fartarse. Franco, sobre un promontorio de carabinas, amonesta: «¡Infelices, detrás de estas selvas está el más allá!» Y al pie de cada árbol había una calavera a la espera de mano cristiana que le diera sepultura. Cova las recogía para exportarlas por un río silencioso y oscuro. Alicia, nuevamente desgredada y desnuda, huye por entre las malezas del bosque nocturno, iluminado por luciérnagas colosales. Una hachuela en la mano y al cinto un recipiente de metal, Arturo se detiene frente a un árbol parecido al caucho. Le hace varias incisiones y el árbol, herido, le pregunta: «¿Por qué me sangras? [...]. Yo soy tu Alicia y me he convertido en una parásita.»

No es difícil intuir que Eros y Thanatos conjuran sus fuerzas contra el hombre impotente. Los símbolos fálicos —la escopeta, las carabinas, la hachuela— no prestan socorro a Arturo. La lámina corta el tronco del árbol, pero, violado, el árbol se queja del acto criminal. La referencia al promontorio de carabinas sin uso sobre el cual está Franco, el fiel Fidel, evidencia la ineficacia del esfuerzo, el malogro de la virilidad. Detrás de la selva hay para todos «el más allá». El hilo blancuzco de caucho, se pierde sin matar la sed de los infelices, que se echan al suelo para beberlo. El látex precioso se confunde con el semen: es la vida en fuga, es la energía que falta a los impotentes para conquistar y poseer la selva virgen.

En el segundo sueño Cova se imagina muerto. En estado cataléptico lucha contra el cuerpo inmóvil e intenta esquivar los golpes dirigidos a su cabeza por una sombra vengadora. La selva rebelde procura torturarlo, martirizarlo.

Muerto, Arturo se libra del incómodo sentimiento de culpa. El árbol violado, indiferente a la revelación de que todavía vive, ordena a la sombra asesina, justiciera: «¡Picadlo, picadlo con vuestro hierro,

para que experimente lo que es el hacha en la carne viva. Picadlo aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que conozca nuestro martirio!»

Parece ocioso insistir en la estrecha relación entre los dos sueños. Suficientemente explícitos, nos autorizan ambos a comprender el sentimiento de culpa del héroe en la evidente dependencia freudiana del crimen al castigo.

Las figuras femeninas de la novela desempeñan papel de relieve en los tres momentos de crisis de la vida del protagonista. Alicia, presentada a la primera página, surge como pretexto para que se desencadene el *fatum*. La idea del juego —«jugué mi corazón al azar [...]»— del párrafo introductorio, le fue sugerida como solución para el caso amoroso. La amante, por quien había sacrificado la carrera brillantemente empezada, le parece carga insoportable, estorbo. ¿Su mayor deseo? Que alguien los capture para librarse del compromiso y recuperar la libertad perdida. El amor le arma, *malgré lui*, un ardid astuto: la indiferencia de la compañera lo mueve a la pasión. Comienza a idealizarla, se le atribuye encantos ignorados y se rinde, finalmente, a los sortilegios de su propia imaginación. En ocasión de su partida, en la compañía de Barrera, es ya la pasión que le insufla venganza. Y es también la pasión que lo reta a dar pruebas de virilidad a la selva virgen.

Sobre Arturo (¿paladino celta?, ¿caballero de muchas empresas?) la amada ofendida (Alicia, ¿tragada por el pozo?, ¿o por el abismo?) ejerce poder de aliciente.

Clarita surge en el momento de la decisión. El juego, anteriormente mencionado como azar, *fatum*, tórnase realidad, cosa factible. Se decide por los dados en la presencia de la prostituta ingenua, sincera (Clara, Clarita), la vida de Arturo.

Salvado por milagro de la muerte, el protagonista puede acompañar a Franco a *La Maporita*. Allí se transfiere al fuego de la misión mundificadora: «El traquido de los arbustos, el ululante coro de las sierpes y de las fieras, el tropel de los ganados pavóricos, el amargo olor a carnes quemadas, agasajáronme la soberbia y sentí deleite por todo lo que moría a la zaga de mi ilusión, por ese océano purpúreo que me arrojaba contra la selva aislándome del mundo que conocí por el incendio que extendía su ceniza sobre mis pasos.»

.....

«¡En medio de las llamas empecé a reír como Satanás!» (30).

(30) *La vorágine*, cit., p. 93.

Así termina la primera parte. Se consume en el incendio el mundo civilizado y con él la memoria del tiempo feliz. Se abren entonces, feroces, las fauces de la selva devoradora, pronta a envolver en su vorágine a los que pretenden violarla.

En el escenario brutal donde la vida humana tiene menor precio que el látex y donde la muerte significa alivio y liberación, se levanta, poderosa, Zoraida Ayram (¿Zorra alrada? Tal vez...), hembra bestial y calculadora. Firma su imperio de vicio y concupiscencia en la debilidad de los hombres. «Por los ríos más solitarios, por las correntadas más peligrosas, atrevía su batelón en busca de los caucheros para cambiarles por baratijas la goma robada, exponiéndose a las violencias de toda suerte, a la traición de sus propios bogas, al fusil de los salteadores, deseosa de acumular centavo a centavo la fortuna con que soñaba, ayudándose con su cuerpo cuando el buen éxito del negocio lo requería. Por hechizar los hombres selváticos, ataviábase con gran esmero y al desembarcar en los barracones, limpia, olorosa, confiaba la defensa de sus haberes a su prometedora sensualidad» (31).

El externamiento lúbrico, la astenia del vigor físico, postran a Arturo, ya debilitado por las fiebres. Agotado por la loba famélica, que trata de oxidar con erotismo sus últimas energías, siente como nunca «nostalgia de la mujer ideal y pura, cuyos brazos brinden serenidad para la inquietud, frescura para el ardor, olvido para los vicios y pasiones». Al lado de la turca sensual, sueña con Alicia, tímida y sin experiencia.

El reencuentro en Yanaguari, al fin de la travesía, encierra el periplo trágico. Los recuerdos perdidos en el río oscuro, la memoria del pasado reducida a cenizas en *La Maporita*, sólo resta a Arturo Cova la incierta e improbable opción del futuro. Lo encarna su hijo, recién nacido. Futuro mezquino, ese, frágil y raquítico, abrigado en el cuerpo exánime de un sietemesino, limitado a la parca economía de víveres para seis días (en el séptimo se supone el reposo).

En nombre de Dios se concluye el diario de Cova. Pero, a ejemplo de la *Divina Comedia*, cabe a la voracidad satánica el epílogo del infierno verde:

«Los devoró la selva.»

MARIA JOSE DE QUEIROZ

Rua Juiz de Fora 979
30.000 Belo Horizonte
BRASIL

(31) *Id.*, *Ibidem*, p. 199.